

MÚSICA EN TIEMPOS DIFÍCILES

Juan Barrientos

La Edad Media ha sido considerada tradicionalmente como una época oscura, bárbara. Está jalonada de invasiones, de enfermedades como la lepra o la peste, de hambrunas y subalimentación casi crónica debido a la muy baja producción agraria, de desastres naturales, etc. La escritura y el saber antiguo estuvieron a punto de perderse, refugiándose en monasterios y abadías. No es de extrañar que en algunos círculos se esperara la llegada del año mil como la venida del Anticristo y el fin de los tiempos.

En el plano social, el orden de los bellatores, es decir, los nobles, se dedicaba profesionalmente a la guerra. Entrenados para ella, sus componentes se mantenían en forma en los torneos y justas en los que, como se ha encargado de mostrarnos la literatura o el cine, no faltaba la presencia de las damas. Como decía Huizinga, *“la última Edad Media es uno de esos períodos terminales en que la vida cultural de los altos círculos sociales se ha convertido, casi íntegramente, en un juego de sociedad”*. Llegada la noche, estos caballeros “hacían sala” para dar cuenta de una cena palaciega en la que normalmente se premiaba al vencedor del torneo. El banquete era amenizado por trovadores, juglares y otra serie de “artistas” que recitaban poesía, tocaban música, representaban momos (una especie de obra teatral), etc.

Juan Bautista Varela de Vega, en el primer tomo de su obra “Músicos de Valladolid”, y citando a Ramón Menéndez Pidal, habla de uno de esos juglares palaciegos, Alfonso de Peñafiel. Lo primero que señala es que, posiblemente, nació en el lugar del cual toma el nombre, y que ello debió suceder en el último cuarto del siglo XIV, un tiempo pródigo en juglares músicos. La vida del juglar no era sencilla, su oficio era el de entretener, e iba de un sitio a otro para ganarse el sustento. Los juglares más afortunados eran los que estaban al servicio de los reyes o los grandes señores.

Alfonso de Peñafiel era experto en guitarra, y Varela de Vega nos dice que era el guitarrista del Maestre de Santiago. Repasando la nómina de los maestros de la Orden militar de Santiago, y por la coincidencia de fechas, tiene que el tal maestre debió ser Enrique de Aragón, que lo fue de 1409 a 1445. Enrique de Aragón era el tercero de los famosos infantes de Aragón, hijos de Fernando de Antequera y de Leonor de Alburquerque. Aunque ostentaban ese título, los infantes eran, tanto por nacimiento como por formación, castellanos. Es por ello que se involucraron de pleno en la lucha por el poder entre el bando real y el bando nobiliario. El rey pretendía un poder más absoluto, que se alcanzará con los Reyes Católicos y el nacimiento del estado moderno. La nobleza, tildada de inquieta y egoísta, no estaba dispuesta a perder sus prebendas y privilegios, y también quería su cuota de poder. Los infantes de Aragón tenían un importante patrimonio, que les venía fundamentalmente por parte de su madre, conocida como “la Ricahembra”. Y, entre ellos, entre el duque de Peñafiel, Juan, y Enrique surgió también la disputa por ver quién comandaba el bando nobiliario. Enrique intentó algún golpe de efecto, como fue el secuestro de su primo, el rey castellano Juan II, en Tordesillas la madrugada del 14 de julio de 1420, aprovechando que su hermano, Juan, se había ausentado de Castilla para contraer matrimonio, pero fue finalmente éste quien acabó haciéndose con el mando del bando nobiliario. Enrique de Aragón murió como consecuencia de una herida en la mano en la batalla de Olmedo (1445). La derrota del bando nobiliario significó la pérdida del patrimonio de los infantes, y el ducado de Peñafiel volvió de nuevo a la corona.

Alfonso de Peñafiel, pues, estaba al servicio de un noble y podía contarse entre los “afortunados” dentro del gremio de los músicos. A finales del siglo XIV, la palabra juglar había adquirido un cierto sentido peyorativo y en su lugar se empezaba a hablar también de ministriles. En

1414 Alfonso de Peñafiel está viajando por Navarra. Era habitual la contratación de músicos por parte de diversas cortes, incluso el intercambio. La de Navarra pasaba por ser entonces una de las más refinadas y cultas, en parte gracias a los contactos que mantenía con la vecina Francia, sobre todo a raíz de la proclamación de Teobaldo de Champaña como monarca del reino navarro. Teobaldo era sobrino de Sancho VII el Fuerte, el gigantesco monarca cuya altura rondaba los 2'30 metros y que estuvo presente en las Navas de Tolosa (1212).

Desde Francia, y más en concreto desde el ducado de Borgoña, se expandían a toda Europa las costumbres cortesanas, modos culturales e, incluso, la moda en el vestir. Aunque su capital histórica era Dijon, a través de una política de matrimonios y de acuerdos diplomáticos, Borgoña había extendido su radio de acción mucho más al norte, a territorios de las actuales Bélgica o Luxemburgo. Y desde allí, desde Borgoña, habían llegado a la Península Ibérica las órdenes religiosas de Cluny y del Císter, que tanta relevancia tuvieron no solo en el ámbito religioso, sino también en el político (como, por ejemplo, en la independencia de Portugal). Y allí surgió también más tarde, en 1430, la Orden del Toison de Oro. No está de más recordar que el primer español distinguido con dicha orden fue Don Juan Manuel de Villena, cuya estatua yacente puede contemplarse en la capilla de los Manuel del convento de los Padres Pasionistas. En los capítulos anuales de la Orden del Toison de Oro se desplegaba toda una parafernalia protocolaria de la que era parte importante la capilla musical, la más importante de Europa. Constaba de alrededor de 30 músicos intérpretes de trompeta, chirimía, laúd, arpa, gaita, fídula u órgano. En las ceremonias religiosas, el protagonismo correspondía a la voz. Las ordenanzas establecían que debía haber al menos 6 tiples, 3 tenores, 3 contratenores bajos y 2 contratenores altos.

Cuando Alfonso de Peñafiel llega a Navarra, año 1414, el titular del reino es Carlos III el Noble, abuelo materno del peñafileense Príncipe de Viana. Se trata de un monarca que ha pasado

temporadas en Francia y Castilla y que está imbuido, por tanto, del espíritu cortesano y no duda en ordenar a su tesorero la contratación de los mejores músicos. En ello había también un elemento propagandístico, con todo el prestigio político que significaba. El musicólogo Higinio Inglés cifraba en unos 86 el número de ministriles que pasaron por la corte de Carlos III, sin contar los de trompeta, y la mayoría eran juglares de cuerda. Hay que tener en cuenta que la trompeta, junto con el timbal y otros, eran considerados instrumentos "altos", fundamentales en las entradas solemnes o en los desplazamientos reales. Algunos de esos ministriles eran contratados de manera permanente, pasando a formar parte de la nómina habitual, mientras que otros estaban de paso y se quedaban un determinado tiempo en la corte. Posiblemente esto último fuese el caso de nuestro protagonista, aunque lo desconocemos, pues Varela de Vega ya no aporta más noticias de él. Entre los que sí engrosaron la nómina de Carlos III se encontraba otro ministril de cuerda, en este caso de arpa, Pierres de Bar, uno de los músicos importantes de la época. Se estableció con su familia en Navarra y llegó a tal grado de confianza con el monarca que éste lo nombró Rey de Armas con el nombre de "Navarra". Uno de sus hijos, Johan, también fue arpista del rey navarro, mientras que otro, Jaquet de Bar, hizo carrera en Castilla, donde entró al servicio de Fernando de Antequera, llegando a ser su heraldo con el nombre de "Peñafiel". Y es que el regente Fernando de Antequera, padre de los Infantes de Aragón, abuelo paterno de Carlos de Viana y primer duque de Peñafiel, fue otro importante mecenas de las artes, y también, por supuesto de la música. Cuando fue proclamado rey de Aragón en 1412 llegó acompañado en su séquito de un importante grupo de ministriles de cuerda, entre los que se encontraban Fernando de Sevilla, Rodrigo de la Guitarra o García de Ávila, y durante su reinado se siguió manteniendo el contacto e intercambio de ministriles con Castilla.

Aunque Varela de Vega ya no aporta más noticias de Alfonso de Peñafiel y desconocemos

si volvió a su tierra, si siguió viajando o dónde terminó sus días, sí señala el escritor gallego que Peñafiel fue un importante foco musical, del que sin duda formaba parte la numerosa comunidad judía, con su música litúrgica (hazanut) y la profana de tipo folclórico.

Más adelante, Juan Bautista Varela de Vega vuelve a mencionar a Peñafiel para dar cuenta de la construcción del órgano de la iglesia de San Salvador en 1714 por parte de Gregorio González Roldán. Pero ésa es ya otra historia.